

Positivismo y ciudadanía: José Ingenieros y la constitución de la ciudadanía por la ciencia y la educación en la Argentina*

Patrice Vermeren y Susana Villavicencio

La sorpresa y el escándalo que suscitan, en la Facultad de Medicina de Buenos Aires en 1900, la defensa de una tesis sobre la simulación de la locura no responden solamente a la dedicatoria que hiciera el autor: "Al modesto y laborioso Máximo García, portero de esta facultad". José Ingenieros pregunta además a su jurado, que le reprocha su irreverencia, si el candidato está allí para exponer un saber o para justificarse de sus afectos. Su trabajo estuvo dirigido por Eduardo Wilde, cuya tesis sobre el hipo en las histéricas había sido igualmente, en su momento "una piedra arrojada a los vidrios de la facultad"¹. Esta tesis fue un acontecimiento por la originalidad del modo de aproximación a su objeto.

La enseñanza de la psiquiatría y de la medicina se encontraba presa, a fin del siglo XIX en Buenos Aires, en el culto del hecho por el hecho. Se podía fundar una carrera a fin de cuentas, en nombre de la ciencia experimental, sobre algunos trabajos especializados de

* Una primera versión de este texto apareció en *Le Telemaque, Education et philosophie*, N° 10/11, mayo 1997.

observación, sin hipótesis ni preocupación de generalización. Ingenieros se hace eco en la Argentina de la reacción contra la dictadura del laboratorio y por los derechos de la razón que se había manifestado diez años antes en París en la tesis de Pierre Bonnier². El fenómeno de la simulación de la locura no se describe en consecuencia en sí mismo y por sí mismo, sino resituado en el orden de las manifestaciones inconcientes del mundo biológico y en el de las formas del medio social. En referencia al darwinismo, se lo presenta como una de las manifestaciones de la lucha por la vida. "Entre un gusano de seda que oculta su cuerpo bajo un capullo y el delincuente que disimula su responsabilidad jurídica detrás de una enfermedad mental, escribe Ingenieros, debe existir lógicamente un nexo. Ambos se travestisan para defenderse de sus enemigos, utilizando la disimulación como un medio de la lucha por la vida"³. El dispositivo especulativo que busca legitimar la aplicación del filosofema de la utilidad de la simulación para el simulador, se despliega según una lógica que da al modelo biológico la función de un paradigma.

De la simulación en el mundo biológico, testimoniado por los fenómenos de homocromía y de mimetismo, podemos deducir una homogeneidad de estructura (un "franco paralelismo") con la simulación en las sociedades humanas: "Para una multitud anónima, "saber vivir" equivale, en gran medida a "saber disimular". Algunos individuos pueden vivir inadaptados al medio, eludiendo la simulación. Los hombres se adaptan mejor al medio en el cual luchan por la vida, cuanto más han desarrollado su aptitud a simular". El mundo se divide, en consecuencia, en dos tipos principales: los hombres de carácter, los individuos superiores psicológicamente diferenciados, que pueden someterse a las imposiciones de la adaptación al medio, que Taine, antes que Tarde, Sighele y Gustave Le Bon, ha denominado los conductores; y los hombres sin carácter, la masa amorfa y psicológicamente indiferenciada, pensada frecuentemente en referencia al concepto nietzscheano de espíritu gregario. La simulación existe en los hombres en grados diversos, pero en el simulador ésta es dominante e invade toda la personalidad. Hay simuladores natos y simuladores que se han vuelto simuladores por la influencia del medio. A veces la misma etiología se injerta en un terreno mórbido. Distinguiremos tres grupos y seis tipos de simuladores: mesológicos (fourbes y serviles), por tendencia orgánica (fumistas y disidentes), y patológicas (psicópatas y sugestionados). De esta

nosografía de la simulación, retendremos que ésta es constitutiva de una identidad. Ingenieros da al respecto varios ejemplos. Uno es el del ladrón que pretende justificar los actos antisociales que constituyen su método de lucha por la vida, poniendo delante las ideas filosóficas de Proudhon, y disimulándose tras el famoso slogan: "la propiedad, eso es el robo". Al cabo del ejercicio de sus funciones en la clínica criminológica de la policía de Buenos Aires, Ingenieros, de quien conocemos por otra parte su simpatía por las ideas anarquistas, tendrá la ocasión de observar más de uno. Un segundo ejemplo es el del Tartufo, evocado en la tesis y retomado y desarrollado doce años más tarde en *El Hombre mediocre*.

La simulación de la locura

La simulación de la locura como medio de adaptación a las condiciones de la lucha por la vida en una sociedad civilizada, es simplemente un caso particular de la simulación de los estados patológicos. El provecho que saca el simulador puede ser directo o indirecto, es decir, actuar sobre los factores de resistencia opuestos por el medio al desarrollo de la personalidad del sujeto⁴. En el caso de los verdaderos alienados, quienes pueden guardar razón en la inconciencia en la que están por su estado mental mórbido, la "sobresimulación" de la locura puede a veces aportarles ventajas no despreciables. Del mismo modo que la conciencia en algunos alienados de simular salud y disimular su alienación. En el caso de los delincuentes, la lucha por la vida se duplica con una lucha contra el medio jurídico-penal de la sociedad en la que viven. La ley pena a los delincuentes por los crímenes de los que son responsables, pero no pena al delincuente alienado, juzgado irresponsable de sus actos. La utilidad de la simulación de la locura es entonces evitar el castigo. La evolución de la legislación en la historia impide recurrir a esa sola fuente para definir un criterio: es necesario que ésta sea a la vez clínica y jurídica. El delincuente simulador no simula según sus propias anomalías psíquicas, que no le conferirían la impunidad, sino a pesar de ellas: tesis original que distingue a Ingenieros de sus contemporáneos. De allí sigue que la posibilidad de la simulación en los delincuentes es inversamente proporcional a su grado de degeneración psíquica. Ingenieros establece una clasificación de seis formas de locura simulada, por orden de frecuencia estadística decreciente: delirios,

paranoia, manía, depresión, estados confusos-demenciales, episodios psicopáticos; todo indicando que las locuras simuladas carecen generalmente de unidad nosológica. El plantea, finalmente, que los criminales nacidos son llevados en proporción ínfima a simular la locura, en relación a los criminales en los que el delito está determinado por factores externos o sociales.

¿Cómo detectar la simulación de la locura? Por medios especiales para cada caso, en el marco de una observación de duración indeterminada en clínica psiquiátrica por los expertos médicos y no por medios coercitivos. ¿Cómo erradicar el mal de raíz? Por una reforma jurídica que vuelva más perjudicial penalmente al simulador, simular más que asumir la responsabilidad de su acto.

La coherencia entre este análisis hecho en nombre de la ciencia por un psiquiatra que se refiere explícitamente a la tradición de la escuela positiva criminalista⁵ y la posición anarquista que él adopta durante su defensa de tesis -y que va más lejos, puesto que Ingenieros es el fundador y el primer secretario del partido socialista argentino, del que formó junto con Leopoldo Lugones, su ala radical y libertaria⁶ - no es posiblemente, más que en apariencia contradictoria. Un sistema de explicación consistiría en mostrar cómo los jóvenes psiquiatras y criminalistas argentinos de finales del siglo XIX debían pasar por esto para instalarse en la carrera e imponer a la burocracia estatal un nuevo sistema médico-legal de reclusión en el asilo psiquiátrico, paralelo a la prisión para los delincuentes. La noción de simulación serviría oportunamente como medida de la alienación y de la peligrosidad de la persona y se extendería progresivamente del discurso de la ciencia psiquiátrica y criminalista al discurso de la psicología, de la sociología y de la literatura⁷, como ideología que busca legitimar la política de reorganización racional de la policía en el Estado moderno argentino. Este análisis, que es el que desarrolla con rigor Jorge Salessi en una obra reciente, ¿no corre el riesgo sin embargo de aparecer como reductor? Una historia puramente externa podría llevar a demostrar en el caso de Ingenieros, lo mismo que demostraría de otros objetos: que se trata de una de las múltiples formas bajo las cuales la burguesía lleva una lucha idéntica a sí misma bajo todas sus figuras, y pretende disciplinar la sociedad. En oposición a esto, un análisis puramente interno, que no partiría de la política para hallar allí la causa de la

inversión del dispositivo especulativo de Ingenieros sino que inversamente, interrogaría la lógica de su discurso para encontrar allí las razones de su práctica social de psiquiatra y de criminalista, no podría permitir comprender su compromiso político. Otra vía sería entonces plantearse que las dos lógicas que llevan a Ingenieros a su compromiso político y a su teoría de la simulación están estrechamente imbricadas, y que conviene interrogarlas desde el lugar de una historia política que sea asimismo e inextricablemente una historia de los conceptos. ¿Podemos hablar entonces de un paradigma político del positivismo biológico de Ingenieros? La relación de la ciencia de la simulación al Estado moderno no sería en este caso simple. En el mismo momento que ésta cuestionaría al Estado argentino naciente sobre sus razones de solicitar la psiquiatría, la psicología y la sociología, interrogaría sobre su imposibilidad de pensar plenamente un Estado⁸.

El socialismo como verdad sociológica. El proletario y lo posible

Para Ingenieros, el socialismo es una interpretación del fenómeno social, la simple intelección de un fenómeno independiente de la voluntad social y de toda política de secta o de partido: "El socialismo no debe ser considerado como un proyecto, un deseo, un ideal, un programa o un objetivo: el socialismo es una constatación del sentido presente de la evolución social"⁹. Como toda intelección, el socialismo obedece a la ley comteana de los tres estadios. El primero que corresponde a la era teológica, es el socialismo utópico; es aquel, según el léxico de Ingenieros, de los eternos soñadores de la emancipación social y del igualitarismo, una teología humanitaria y sentimental, un lirismo plebocrático hecho de rencores y de filantropías, de revueltas y de quimeras. El segundo, edad metafísica del socialismo, corresponde al marxismo; pero hay en Marx una contradicción entre su doctrina histórico-social, determinista y evolucionista en el sentido sociológico del término, y la agitación revolucionaria que predica y la revolución sangrienta que anuncia¹⁰. Ingenieros dice que él ha señalado hace ya muchos años la contradicción entre la teoría y la política de Marx, combatiendo las ilusiones revolucionarias de los socialistas militantes. En fin, el socialismo entra en la edad positiva, precisando sus objetivos políticos, adaptando sus procesos de realización a las formas de lucha legalmente aceptadas: "El fondo de realidad posible se separa definitivamente de la utopía, y tiende a realizarse". Para Ingenieros hay

entonces lugar para oponer el abordaje sociológico del socialismo de su percepción popular, que puede corresponder a la persistencia de la edad teológica en el cerebro de los obreros ignorantes, fárrago plebocrático con el cual los jefes inteligentes desvían el sentimiento de las masas. La sociología socialista conduce a la cooperación de clases en todos los puntos en los que la lucha de clases no se impone (en los que los intereses del proletariado no son exclusivos y no pueden ser opuestos a los intereses de todas las otras clases sociales). "Estas ideas, escribe Ingenieros refiriéndose a Turati, no son ciertamente simples para ser compartidas por los obreros; pero hay que elegir entre la verdad sociológica y las conveniencias electorales de un partido. El obrero concibe el socialismo en su forma violenta y pasional; está siempre inclinado al usar la política como un argumento de lucha antiburguesa. Lo que lo empuja, es el hambre o el descontento; nunca la cultura sociológica. Su "fé" no implica una "convicción", ni es su equivalente. Pero todo espíritu estudioso se ve obligado a denunciar estos errores y con más razón si se ocupa de estas cosas -es nuestro caso- al punto de vista de la sociología socialista y no de la política electoral." El socialismo en su tercera fase es reformista, posibilista y legalista, y las conclusiones de la filosofía científica coinciden con la realidad posible: no importa que puedan pensar tanto el rentador que vive sumergido en sus millones o el proletario analfabeto y mal alimentado, ambos son incapaces de comprender una verdad sociológica, una demostración científica como es el socialismo. Puesto que, como escribe Ingenieros, retomando nuevamente a Turati, pero también a Labriola, "desde que el socialismo se ha establecido sobre bases científicas serias, deja de ser inteligible a la inteligencia infantil de las masas". Hay posiblemente más de continuidad que de ruptura entre esta afirmación hecha en nombre de la ciencia sociológica y el compromiso militante del joven estudiante de medicina. Ingenieros escribe: "La forma exaltada del socialismo cuenta sólo con el apoyo del populacho. Pero el progreso de ideas nuevas no fue jamás obra de las mayorías ni de las masas populares, hayan sido éstas reaccionarias o revolucionarias. Es siempre un pequeño grupo de hombres instruidos y activos, que piensa, dirige y realiza las innovaciones. Es lo que han reconocido Reclus, Kropotkine y Faure al afirmar la eficacia de las minorías revolucionarias, y la resistencia de las masas populares por su incapacidad de comprenderlas. Pero ellos olvidan que esta teoría es igualmente aplicable al movimiento socialista y anarquista; la masa,

allí como en todas partes, es ignorante y reaccionaria. No hay sino de verdaderamente inteligente que una pequeña minoría estudiosa, que termina siendo como la levadura para la masa inerte. La descalificación del pueblo, de la plebe en nombre de la sociología, dirigida por algunos iniciados, reencuentra aquí los acentos de un Augusto Comte celebrando el abandono por parte de los proletarios, de la fiebre de igualdad política para dedicarse a su vocación contemplativa y hacer coro alrededor de los predicadores de la ciencia¹¹. Y esto podría también explicar el deslumbramiento de Ingenieros, al final de su vida, por la revolución soviética.

El socialismo es entonces una tendencia inevitable de la evolución de las sociedades civilizadas hacia una generalización del bienestar de cada uno y una substitución progresiva del principio de solidaridad en principio de lucha por la vida, subordinado a la actividad económica productiva, que es la ley biológica de las sociedades humanas. No podemos escapar al momento presente, que es históricamente la formación del sistema productivo capitalista.

La moral, el genio, el hombre mediocre y las multitudes argentinas

Al estadio actual del capitalismo le están asignados tres aspectos positivos: desarrollo de las fuerzas productivas, universalización de las relaciones humanas y generación de una clase social destinada a superarlas. Pero al mismo tiempo genera fenómenos mórbidos que presentan la forma de la degeneración y que se conectan con el mundo del delito¹². La lectura de Spencer, el uso de nociones evolucionistas y darwinianas de ambiente, lucha por la vida, raza, vienen a conjugarse con la interpretación marxistizante de una historia determinada en última instancia por la economía.

¿Cómo entonces concebir una moral? La moral no proviene de principios abstractos, ella es fruto de la experiencia. En ese sentido, es casi una historia natural de las costumbres (como la de Simmel o Levy-Bruhl). Equivale a una función biológica de defensa colectiva. Las leyes son, en toda época y en todo lugar, la traducción jurídica del criterio dominante, y buscan garantizar a los individuos el derecho a vivir y a reproducirse, con ciertas restricciones en la lucha por la vida. A partir de esta idea, escribe Ingenieros, el empleo de todo medio amoral de lucha por la vida es un delito. El delito es definido entonces, como

reposando sobre bases biológicas y conformes al carácter relativo y contingente que le imponen las oscilaciones de la moral y de la ley. «La ética (función normativa de la adaptación del individuo al medio) y el derecho penal (organización defensiva del medio contra la no adaptación del individuo) se transforman conforme a las modificaciones continuas de la mentalidad social, que se reflejan en todas las instituciones (...) En las sociedades, las funciones psíquicas tienen la misma significación «biofiláctica» que en el individuo. La moral y el derecho, que son las expresiones más típicas de las variaciones de la experiencia social en las costumbres y en las instituciones, se presentan como una función y una organización destinadas a proteger la sociedad»¹³.

¿Cómo preservar entonces la libertad en un sistema que parece en este punto sometido al orden de la necesidad? En una primera aproximación, parece imposible salir de la lógica cerrada de este paradigma de pensamiento que pretende oponer la objetividad del conocimiento científico y la incuestionabilidad de la experiencia a la abstracción de los sistemas metafísicos. La distinción de ser y deber ser que supone la conformación del campo práctico a partir de la modernidad, queda diluida al considerar lo moral como un epifenómeno de lo biológico, negando de esa forma la especificidad del hecho que pretende explicar¹⁴.

Puesto frente a esa tensión entre necesidad y libertad, Ingenieros desarrolla primeramente, como hemos visto, una moral coherente con el registro biológico. La especie humana evoluciona dentro de un conjunto de fenómenos encadenados, en el que cada factor determina nuevos hechos sociales. Las ideas morales ocupan su lugar en esa dinámica evolutiva del proceso de adaptación y protección del grupo social al ambiente¹⁵. Hay sin embargo en la obra de Ingenieros, una coexistencia de esta definición reductora con una dimensión ética representada por el *ideal* y encarnada en la figura del *genio*. Ingenieros desarrolla esta tesis en una obra que se convertirá en el manifiesto de una nueva generación: *El Hombre Mediocre*.

Escrita en 1913 (Jurante una segunda estadía de Ingenieros en Europa, *El Hombre Mediocre* es en mayor medida un «ensayo moral» que una obra de psicología. La reflexión sobre la estructura psicológica de las mayorías, que constituye el motivo explícito de la obra, podríamos

decir que es secundaria frente a la preocupación ética por desarrollar una moral de los idealistas, valorizar la dignidad individual y prevenir acerca de la rutina domesticadora y generadora de servilismos. La crítica a la moral del Tartufo, de la vanidad, de la maledicencia, de la envidia en tanto cualidades del hombre mediocre, acentúan ese mencionado carácter ético de la obra.

Las circunstancias en que fue escrita son asimismo significativas, tanto como la recepción que tuvo en los medios académicos del país y del extranjero¹⁶. Producto de lo que él mismo consideró un exilio, está atravesada de referencias a las circunstancias políticas de su momento. Recordemos que Ingenieros había dejado el país en un gesto de repudio a las intrigas políticas que le habían cerrado las puertas de acceso a la cátedra universitaria en la Facultad de Medicina durante el gobierno de Sáenz Peña¹⁷. En la carta de renuncia a los cargos docentes en la Facultad de Filosofía y Letras aclara sus motivos: «A raíz de un acto que considero de inmoralidad gubernativa e irrespetuoso para mi dignidad de universitario, me ausenté del país con el propósito de no regresar a él mientras persista en su empleo la persona que desempeña el Poder Ejecutivo de la Nación». Con este acto pretende reivindicar un modelo de acción fundada en la dignidad y autonomía personales. «Esta crisis moral de la intelectualidad argentina sólo puede combatirse con ejemplos de dignidad y renunciamento, no rebajándose al juego de las recomendaciones y estigmatizando abiertamente sus consecuencias inmorales»¹⁸.

Si bien el propósito de la obra es poner al desnudo la esencia del hombre medio, de las mayorías, lo que él llama mediocridad, la obra se mueve por un contrapunto con la noción de ideal y exhaltando las virtudes morales de aquellos capaces de sobrepasar el mandato de las mayorías. La mediocridad, que se enraíza en la imitación, organiza otros hábitos colectivos que alimentan el engranaje nivelador.

Hemos visto que para Ingenieros la simulación en el hombre correspondía a una específica forma de lucha por la vida, existiendo un franco paralelismo entre las formas de lucha y las simulaciones adaptativas. Si para la muchedumbre anónima "saber simular" equivale a "saber vivir", o sea a una adaptación exitosa, para los hombres superiores, «héroes o superhombres» en clave nietzscheana, hay una

moral propia que proviene de su acción voluntaria. Esta contraposición entre adaptación involuntaria e imitativa e innovación voluntaria y autónoma, tiene su expresión social en la consigna que resume el ideal de sociedad propuesto por Ingenieros en *El Hombre Mediocre*, "justicia en la desigualdad". Si el darwinismo aporta la base teórica al carácter evolutivo y determinista de la marcha de la sociedad y la valorización de la diferencia se pone de manifiesto coherentemente en la noción de lucha por la vida, una moral social, laica y consustanciada con el progreso, no podía sino reintroducir un elemento de individualidad que quebrara la homogeneidad orgánica y abriera el espacio de la libertad. «En la ética venidera florecerá un idealismo moral, independiente de dogmas religiosos y de apriorismos metafísicos. Los ideales de perfección serán fundados en la experiencia social y serán evolutivos como ella»¹⁹. Los ideales definidos como gestos del espíritu hacia la perfección, son para Ingenieros, producto de la imaginación, la que, partiendo de la experiencia, anticipa juicios acerca de futuros perfeccionamientos. «Un ideal es un punto y un momento entre los infinitos posibles que pueblan el espacio y el tiempo.»

En el hombre el pensar se desarrolla como perfeccionamiento de adaptación al medio, y es a la imaginación a quien le cabe esa función de adaptación a través de la anticipación de resultados posibles y la abstracción de ideales de perfección. Por otra parte, el carácter moral de los ideales deriva de su influencia sobre la conducta. Los ideales son objetos de creencia que al ser tomados como representaciones posibles de una situación de mayor perfección, son el instrumento de todo progreso humano.

La individualidad se introduce entonces de la mano del genio, el héroe moral, que se opone a la moralidad servil de los mediocres como perteneciendo a dos razas diferentes, a dos mundos morales. Al principio sólo el genio define y plasma el ideal y es comprendido por el pequeño núcleo de espíritus sensibles al ritmo de la nueva creencia. El individualismo de Ingenieros es elitista y juvenilista. Es propio de los jóvenes la pasión por los ideales y la inquietud por llevarlos adelante. Nada cabe esperar de los hombres que entran en la vida sin afiebrarse por un ideal, previene Ingenieros, y la juventud se adquiere precisamente con el ideal. Al idealismo romántico, sentimental y propio de la juventud, le seguirá luego el idealismo estoico de la madurez.

Podemos derivar dos consecuencias de esta moral del genio, portador del ideal y su relación con la moral de la mediocridad. Una es de carácter sociológica, la otra implica una transferencia a la política. En primer término la estructura de mediocridad y su función social, está en estrecha relación con la preocupación por las multitudes, en tanto tema central de la reflexión social de fin de siglo. La «cuestión social» referida al conflicto generado por la presencia y la necesidad de dar cabida a los requerimientos de inserción en la vida social de las masas, que al decir de Le Bon, venían para quedarse. Las multitudes que en la visión de la época, irrumpen en la vida social, sentimentales, primarias en sus reacciones y atadas a la máquina niveladora del dogma y del prejuicio, constituyen uno de los efectos perturbadores del proceso de modernización y del orden social proyectado. Esta es la tesis de Ramos Mejía, maestro de Ingenieros. El es quién introduce el pensamiento de Le Bon en la interpretación de las transformaciones que se producen en la sociedad argentina de fin de siglo, como efecto de la modernización industrial y capitalista y la afluencia masiva de inmigrantes. En el decenio de 1880, se evalúa en un millón el número de extranjeros entrados al país, sobre un total de tres millones y medio de habitantes²⁰. Existe, dice Ramos Mejía, una relación entre el comportamiento de las multitudes y su carácter primario, sus sentimientos hipertrofiados: "las multitudes están motorizadas por puro instinto". Las masas son en la historia del país «una fuerza fenomenal, vaciada de inteligencia y raciocinio». El hombre masa es alguien sin fisonomía moral, el número del hospital, el hombre del ejército. A diferencia de Le Bon para quien todo hombre puede entrar en estado de multitud, los que forman las multitudes argentinas son «el individuo humilde, de inteligencia vaga y sistema nervioso relativamente rudimentario y escasamente educado, que piensa con el corazón y a veces con el estómago»²¹.

La crítica que hiciera el joven Ingenieros en el momento de aparición del texto de su maestro, ²² es retomada en esta obra de madurez. Las leyes propias de la sociología marcan, según su perspectiva, la influencia del medio y su convergencia con los determinantes de la raza en la evolución de los pueblos. De este modo descarta la exclusividad de los factores psicológicos en la formación de la sociedad nacional. Las leyes de la evolución social, los determinantes económicos y la concepción del ideal como anticipación de lo perfectible, marcan un punto de

inflexión en el pensamiento de Ingenieros, respecto del positivismo biologista de sus predecesores.

En segundo término hay una derivación política. ¿Cuál es el lugar de las multitudes en el esquema de poder político dominante? ¿Cuál es la significación de la universalización del voto? ¿Cuáles son sus riesgos? La posición de Ingenieros es coincidente con su ideal de verdad científica y de excelencia moral. El pueblo no es depositario de la nación, más aún, la moral mediocre, no sólo cae en la adulación de los hombres, sino en la adulación del pueblo, al que utilizan para sus intereses. En estos períodos de oscuridad, de distorsión de la política, «nadie piensa mientras todos lucran». En esos momentos un solo hombre puede representar la nación.

La constitución de la identidad de ciudadano y la cuestión de la nación

Puesto que no son las multitudes quienes representan la nación, ni tampoco las elites políticas, enroladas en el poder económico, es esa élite del mérito, constituida por aquellos que participan de la moral de los idealistas, que la encarnan: «En ciertos períodos la nación se duerme dentro del país. El organismo vegeta, el espíritu se amodorra. Los apetitos acosan a los ideales, tornándose dominadores y agresivos. No hay astros en el horizonte ni oriflomas en los campanarios. Ningún clamor de pueblo se percibe. Todos se apiñan en torno de los manteles oficiales para alcanzar alguna migaja de la merienda, es el clima de la mediocridad»²³.

El clima intelectual y político que emerge de la crisis de 1890 en la Argentina condiciona esta afirmación. La legitimidad del dominio político del liberalismo oligárquico sucumbía con ella, y junto con el modelo de dominio, sucumbía también el ideal de nación unificada en torno a sus valores. En efecto, el proyecto político del ochenta tuvo como objetivo la incorporación del país al sistema capitalista mundial. El proceso de modernización de las estructuras económicas acordes con las nuevas condiciones y la homogeneización de las estructuras sociales en un país de fuertes contrastes poblacionales, se lleva a cabo bajo un modelo de fuerte centralización estatal. La generación de intelectuales del ochenta, más spencerianos que comteanos, se lanza a reformar y modernizar el país. La fe en la verdad de la ciencia y en el progreso son la base legitimadora de las nuevas reformas en la educación, el sistema

penal, la legislación laboral, las leyes de residencia. Rompiendo con el influjo de los espiritualistas eclécticos (Jouffroy más que Cousin) y de los utopistas (Leroux), los positivistas argentinos despliegan el interés por lo social concreto, indagan en el pasado histórico, proyectan un nuevo país. Ingenieros «más de una vez se envanece de sociólogo» y «reclama con orgullo la herencia del ochenta»²⁴. La contracara será la emergencia de una nueva situación social, llamada a quebrar esa unidad deseada. Las multitudes que buscan incluirse socialmente, la afluencia aluvional de extranjeros, la creciente organización del proletariado tras ideas socialistas y anarquistas, plantean un obstáculo de nuevo tipo al proyecto de nación. Al respecto comenta Agosti, «Marx y Comte, por una travesura del destino, exclusivamente nuestra, se encontraban casi juntos en el Río de la Plata, ellos que apenas si se habían conocido durante su existencia material. Y la reunión puede aparecer a la distancia como un símbolo²⁵». La identidad de «habitante» o «ciudadano» se disputará en proyectos de nación contrapuestos.

El 22 de julio de 1914, cumpliendo su decisión de regresar al país una vez concluida la presidencia de Sáenz Peña, vuelve al país. Cerca de un tercio de la población es extranjera. Cuando se vota la ley del sufragio universal que consagra asimismo el voto secreto, él se opone porque el voto de las masas, influenciadas por ideólogos, pueden conducir a cualquier lado y ser fácilmente manipuladas por las élites corrompidas que están en el poder. Puesto que el enemigo no es solamente la herencia conservadora del colonialismo, sino también el cálculo de intereses de una clase política liberal desprovista de valores cívicos. *El Hombre Mediocre*, que asigna a un grupo restringido de portadores de ideales el ser los depositarios de la nación argentina, va a ocupar un lugar privilegiado en la cultura política de su época. Adoptado por la juventud, se convirtió en un «catecismo laico» al decir de Agosti, lectura de cabecera de la joven generación. «Habíamos aprendido a deletrear, declamándonos unos a otros, desde los bancos del colegio los primeros sermones laicos de Ingenieros y el fervor idealista en que nos inflamara encontraba, por fin, la realidad propicia»²⁶. Ingenieros aparece como el maestro de una generación que en 1918 echa a rodar en Córdoba «los vientos argentinos de la reforma universitaria». El despertar de la conciencia política de las nuevas generaciones, que se expresará en el movimiento de reforma universitaria, rechaza el modelo de dominación oligárquico en la

sociedad y de su presencia en los claustros a través de la enseñanza dogmática y el gobierno absoluto del profesorado universitario. En verdad, la reforma es expresión del nuevo país que se había ido constituyendo en esos últimos años, la conformación de una clase media, de la que no se puede escindir la masiva afluencia de extranjeros y su presencia mayoritaria en la organización del movimiento obrero.

En una conferencia pronunciada en 1916, «la Universidad del porvenir»²⁷, en la que denuncia el sistema educacional conservador opuesto a la modernización del país, y se pronuncia por su adaptación al progreso - especialmente representado por la ciencia - en una época donde la moral está en ruinas en Europa por la guerra: " Desde la sacudida vigorosa del Renacimiento, y con el pujante impulso de la Revolución Francesa, dos tipos de civilización, se encuentran en lucha: la sociedad feudal y la cultura teológica, frente a la sociedad democrática y la cultura científica...los hombres de mayor estudio, y de más libre criterio, afirman que la humanidad civilizada está en vísperas de una honda renovación social e ideológica...La crisis contemporánea determinará una aceleración del ritmo innovador durante algunos lustros; parece justo pensar que en los diez o veinte años que seguirán a esta crisis, la organización democrática de las naciones encontrará nuevas formas de equilibrio y se acentuará definitivamente el predominio de los métodos científicos modernos sobre los dogmatismos dialécticos medievales"²⁸ .

La reforma de la universidad es concebida como una transformación cultural radical, en la misma línea de emancipación iniciada por la revolución de 1810 que rompió con el colonialismo. La universidad es concebida como lugar de producción y de síntesis de los conocimientos y vector del cambio en la sociedad. Esta idea se plasmará más tarde en la consigna de la reforma universitaria, tal como queda expresada en su Manifiesto liminar "En nombre de la juventud de Córdoba a los hombres libres de América» y también esta otra que se erige «contra el gobierno absoluto del profesorado universitario»²⁹. Allí encontramos sobre todo el sueño emancipador de la sociedad por la ciencia, tal como reiteradamente se expresa en la obra de Ingenieros, que es también el de la constitución de una ciudadanía argentina por la enseñanza en todos sus niveles: «La educación debe ser integral y hacer a los hombres capaces de ejercer un trabajo útil a la sociedad,

dar las oportunidades para el desarrollo máximo de sus aptitudes y preparar los ciudadanos para la vida cívica»³⁰, escribe en 1920 en referencia a las experiencias educacionales de la Rusia de los Soviets, pero ya había rendido homenaje veinte años antes a la educación integral experimentada en el orfanato de Cempuis por su director Paul Robin, cuya inspiración pedagógica a la vez que libertaria, positivista y neomalthusiana le habría valido la revocación de su función³¹.

¿Podemos por intermediación de la ciencia conciliar una república sin ciudadanos y la suspensión de la participación bajo la tutela de una élite gobernante para constituir sujetos de la democracia? En sus trabajos de historia de la filosofía y de las ideas, Ingenieros postula la existencia de un paralelismo político-filosófico y uno de sus comentaristas pudo sostener que para él toda filosofía es en alguna medida una sociología inconsciente³². Una de las formas posibles de interrogar la obra de Ingenieros podría ser partir de revertir esa hipótesis considerando su monismo naturalista y evolucionista como una filosofía para cuestionar el paradigma político: la constitución de la nación argentina.

Notas:

- 1 A. Ponce, "José Ingenieros, su vida y su obra", en *Revista de Filosofía*, XII, 1, 1926.
- 2 P. Bonnier, *Le sense auriculaire de l'espace*, París, tesis de la Facultad de Medicina, 1890.
- 3 J. Ingenieros, *La simulación en la lucha por la vida en el orden biológico y social*, *Obras Completas*, Buenos Aires, Elmer, 1956, vol.1.
- 4 J. Ingenieros, *La simulación de la locura ante la sociología y la clínica criminal*, *Obras Completas*, ed. cit., v01.2, p.26.
- 5 E. Nicouleau, reseña de J. Ingenieros: "Dos páginas de psiquiatría criminal", Buenos Aires, 1900, en *Annales médico-psychologiques*, París, 18, 1903, p.316.
- 6 Ver. S. Bagú, *Vida ejemplar de J. Ingenieros*, Buenos Aires, El Ateneo, 2a.ed, 1953, p.27.
- 7 J. Salessi, *Médicos, maleantes y maricas*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 1995, p. 137 Y 139.
- 8 Ver, a propósito de otro paradigma, P.Vermeren, *V.Cousin, Le Jeu de la philosophie et de l'Etat*, París, I.:Harmattan, 1995.
- 9 J. Ingenieros, *La législation du travail dans la République Argentine*, ensayo crítico sobre la ley del Ministro González, París, 1906, p.23.
- 10 W.Sombart, *Le socialisme et le mouvement social au XIX siecle*, trad., p. 108 y sgts., citado por J. Ingenieros.
- 11 Ver. J. Ranciere, *Le Philosophe et ses pauvres*, París, Fayard, 1983, p. 294.
- 12 Ver O. Terán, "José Ingenieros o la voluntad de saber" en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, p. 61.
- 13 José Ingenieros, *Principes de psychologie biologique*, trad., París, Alcan, 1914, p. 184 Y sgts.
- 14 Para un tratamiento del tema ético en el positivismo argentino ver Jorge Dotti, "-Las Hermanas Enemigas, Ciencia y Etica en el positivismo del Centenario", en *Las vetas del texto*, Bs. As., Puntosur, 1990. p. 57 Y sgtes.
- 15 J. Ingenieros, *Principios de Psicología*, Bs. As., 1919 p. 67.
- 16 Sobre las circunstancias personales que motivaron la escritura de éste libro, el primero de carácter polémico y de sesgo ético, ver Sergio Bagú, op.cit., p. 130 y sgtes.
- 17 *Ibid.*, p. 124.
- 18 Carta de José Ingenieros dirigida al Sr. Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Doctor Rodolfo Rivarola en agosto de 1913., transcripta por Sergio Bagú, op. cit., p. 124.
- 19 José Ingenieros, *El Hombre Mediocre*, 1913, reeditado en *Obras Completas*, Ed. Mar Océano, 1961-62, T.7. Se cita la edición de Editores Mexicanos Unidos, 1992, p. 9.
- 20 Ver O. Terán, *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987, p. 15.
- 21 J. M. Ramos Mejía, *Los simuladores del talento en las luchas por la personalidad y la vida.*, F. Barcelona, Granada Editores, p. 12, ver también *Las multitudes argentinas*, Bs. As., Editorial Tor, 1956 y "Las multitudes argentinas", número especial de la revista *Milenio*, N° 4, 1996.
- 22 J. Ingenieros, "Las multitudes argentinas", en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires 1899.
- 23 J. Ingenieros, *El Hombre Mediocre*, op.cit.
- 24 H. Agosti, *José Ingenieros*, Buenos Aires, Edición Argentina, 1945, p. 20
- 25 H. Agosti, op. cit., p.37
- 26 A. Ponce, Prólogo a *La Reforma Universitaria* de J.V. González, citado por H. Agosti, op. cit., p. 155.
- 27 J. Ingenieros, "La Universidad del porvenir" en *Ateneo* N° 3, 1920, reeditado en *Obras Completas*, ed. cit., t. IV, Buenos Aires, Ed. Mar Océano, T.VI.
- 28 *ibid.*, p. 279.
- 29 *Manifiesto Liminar*, en G. Del Mazo, *La Reforma Universitaria*, La Plata, Ed. Universidad de la Plata, 1941.
- 30 J. Ingenieros, *Los tiempos nuevos*, 1920.

J

31 J. Ingenieros, "Sobre educación integral. Los ensayos pedagógicos del Cempuis" en *Revista Nacional*, Buenos Aires, 1901. Ver también, P. Vermeren, "Les joyeusetés de l'éducation municipale ou la pornographie intégrale", *Cahiers aubois de l'éducation*, CDDP, Aube, Troyes 1978.

32 J. Perés, "José Ingenieros, Propositiones Relativas al Porvenir de la Filosofía" en *Revue Philosophique de la France et de l'étranger*, 1919, pg. 333. Ver también R. Soler, *El positivismo argentino*, Buenos Aires, ed. Paidós, 1968.

